KATHERINE RIVERA

LA LLAVE DE OZMAR



Áurea Ediciones

© La llave de Ozmar
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Mayo 2025
© Katherine Rivera Campos
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Gabriela Balbontín
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN: 978-956-6420-04-0
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-6441



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Estas líneas son para expresar mi gratitud, con todo
cariño y respeto, a cada una de aquellas personas y entidades,
sin cuya mano y favor esto jamás podría haber visto la luz.
Al propio Adalfred, quien en sueños venía a reprocharme por no
desempolvar su historia del cajón en que estaba tirada. A los Bardos,
cuyos acordes sublimes me ayudaron a abrir portales a lugares inima-
ginables. A la Dama Rita, sin cuya gracia y ayuda los engranajes del
destino no se hubiesen alineado del lado de Ozmar,
aunque a veces de un modo que hacía llorar y cuestionar todo.
A todas esas personas, amigas y cercanas,
que me brindaron su apoyo.
A mis dos ratones, que brincaban en mi espalda
o me miraban con ojos lánguidos mientras yo escribía.
A mis viejitos y a mí misma, por atreverme.
¡Gracias! ¡Mil gracias!

Capítulo I
Pesadillas de antaño

—¡No mires! ¡Cierra los ojos, niño! —le había dicho Nitgardo a Adalfred, mientras huía con él a cuestas, tratando de rescatarlo de su calvario a golpe de espada.

Lo tenían amarrado por el cuello. Como a un vil perro. Con un artefacto horrible que lo hacía sufrir como un parto si hacía algo más que respirar y quedarse callado. ¡Lo odiaba! ¡Lo detestaba! Le producía tanto dolor y angustia que, de solo pensar en aquello, le temblaban las piernas. Y ver a su madre observándolo, con ojos de hielo, cada vez que esos malditos hacían sus estúpidas pruebas, aprobando con la cabeza, complacida con su dolor como si lo mereciera, lo hacía explotar de rabia y tristeza. ¡Él no le había hecho nada a ella! ¡Ni a nadie! ¡Él ni siquiera había pedido que lo arrastrasen a este mundo! ¡Estaba feliz donde estaba antes! ¿Por qué lo había traído?

¡Odiaba al mundo entero y a todos los que estaban en él!

Uno de sus rescatadores, Sigrad, había debilitado de dos certeros flechazos aquel horrible collar. Pero no era algo destruible con armas comunes y corrientes. Ni siquiera los poderosos brazos de Adriana, otra de sus salvadores, ni la espada del buen Nitgardo lo habían conseguido. Y aun con todos juntos trabajando a la vez parecía una labor inútil. No se rompía y mantenía a quien cada uno de ellos reconocía como La Llave de Ozmar, quieto y bajo control. ¡Ni siquiera sus vigilantes incorpóreos eran capaces de sacarlo de aquella traba! Era un artefacto traído desde el otro lado y estaba ahí para frenarlo a él.

—¡Te vamos a sacar, cariño! ¡Te lo prometo, pequeño! —le dijo Adriana, con mucha dulzura.

Era un tono nuevo para Adalfred. Nunca habían sido amables, ni cariñosos con él, salvo Nitgardo, Sigrad y unos pocos más, a la distancia. ¡Nadie podía acercarse demasiado a él! ¡Él no era un niño! ¡Era una cosa! ¡Una maldita Llave que intentaban usar a su antojo y, aunque le hiciera bramar de dolor y rabia, no le daba la gana de ser usado! Su consuelo era ver la cara indigesta de sus captores por la frustración de tener a La Llave y no poder abrir ni un solo libro con ella. ¡No podían matarlo! Sin La Llave, no obtenían nada.

No fue sino hasta que se les unieron gentes ajenas con antiguos maleficios y conjuros que pudieron aflojar el maldito collar. Y mientras peleaban por arrancárselo, fuera de su prisión, se llevaba a cabo una batalla campal, sangrienta y terrible. Se podían oír los gritos de furia, los choques del acero, los gritos de muerte, alaridos eternos y desgarradores.

Después de sacarlo de la celda, Nitgardo lo cargó con una mano, como un pequeño bulto y le rogó no mirar a su alrededor, pasase lo que pasase, oyese lo que oyese. ¡Y era muy difícil! Sentía espadazos que iban y venían, le había salpicado sangre de muchas personas, y esos gritos del demonio le invitaban a abrir los ojos y ver el infierno en vida. Estaba aferrado a su salvador, con todas las fuerzas que sus pequeñas manitas le permitían. ¡Iba a caerse tarde o temprano! ¡Nitgardo brincaba con tanto ímpetu que era increíble pensar que peleaba con un niñito a cuestas!

De pronto, lo entregó a Tova, quien lo cargó.

—¡No abras los ojos aún! —le volvió a pedir Nitgardo—. ¡Tova va a sacarte! ¡Yo los cubro! ¡Corre, Tova!

La mujer lo tomó con velocidad, pero con cuidado y con ambos brazos. Era más pequeña que Nitgardo y un espagueti en relación con los músculos poderosos de Adriana.

—¡No mires! —le gritó Tova, mientras corría con el niño a cuestas, aferrado como un koala—. ¡Hazle caso a Nitgardo! No mir…

Algo derribó a su protectora y Adalfred salió rodando por el piso como un balón cuesta abajo. Alguien jaló de sus largos cabellos. Abrió los ojos y quedó congelado, sin respiración ni alma. Una daga filosa venía directa hacia él, furiosa y veloz. ¡Iba a morir!

—¡Mami! —alcanzó a exclamar, con el corazón contraído, antes de que una flecha atravesara la mano de su verdugo, y otra más le hiciera retroceder.

Adalfred quedó convertido en estatua. Su verdugo era Frida: ¡Su madre!

—¿Cómo te atreves, maldito Sigrad? —bramó, furibunda la dama al arquero mientras aún con las flechas incrustadas se negaba a bajar la daga—. ¡Soy tu ama y señora!

Una sonrisa burlona y unos ojos de hielo fueron su respuesta.

—Mi única ama y señora está en casa, cargando un bebé. ¡No reconozco tu autoridad! Y desde ahora, ¡el verdadero Señor de Ozmar toma su lugar! —le contestó Sigrad.

Con otro flechazo encima, Frida se lanzó sobre Adalfred, daga en mano, dispuesta a terminar lo que había empezado.

—¡Muere, maldito engendro! —bramó fuera de sí.

Adalfred despertó de un brinco, bañado en sudor y tan agitado como si lo estuviese viviendo otra vez. Se cogió la cabeza con ambas manos y sintió un nudo terrible en el pecho. ¿Por qué estaba recordando esas cosas? ¿Por qué sentía la misma angustia y miedo que antaño? ¿Por qué aún le pesaba la sentencia que Sigrad se había autoimpuesto sin querer? ¿Por qué se repetía ese espantoso recuerdo en cada uno de sus sueños?

—¡La muy maldita sí iba a matarme! —musitó, desalentado a sus Otros-Guardianes. Esos que siempre le seguían, día y noche, y que solo él y muy poca gente podían ver—. ¡Aún quiere! ¿Por qué rayos no puedo olvidarme de eso? ¿Por qué rayos siempre la veo? —pensó cabizbajo. Si Frida seguía con vida era nada más porque él había sido incapaz de matarla. ¡Era su madre! Después de años de tenerla prisionera, se había limitado a abrir el

portal y arrojarla fuera de Ozmar. El resto de sus secuaces no habían tenido la misma consideración. ¡Los había desintegrado a casi todos antes de ganarse el collar! El resto del trabajo lo había terminado su gente luego del rescate… O eso había creído… Ahora que él también estaba fuera de Ozmar, había Clanes Oscuros dispuestos a hacer lo que fuese con tal de atraparlo y usarlo como Llave. Otros, incluyendo a su propia madre, querían su corazón en una bandeja y sus magníficos ojos como reliquia. ¡Él era un peligro para ellos!

Pero, así como había clanes tras su vida, había dos naciones completas peleando por y con él: Ozmar, de quien era La Llave y Señor absoluto, y Yénseka, cuyo Emperador era nada más que su abuelo, lo cual lo convertía en Príncipe de una tierra que jamás había visto ni pisado. Sin embargo, todas las personas de Ozmar eran yensekianas, orgullosas de su tierra, costumbres y tradiciones. Así es que fue criado como un yensekiano auténtico, aunque solo era la mitad. Su padre, Abdalá Pahlevi, era un héroe y General de Anacáhy, así que su otra mitad era anacahya, aunque de ellos no sabía más que eran raros y que aún debía haber por ahí algún pariente suyo. Abdalá había muerto antes de que él naciera. Nunca lo había visto ni nunca nadie le había dicho nada sobre él, excepto que era su padre.

La cultura, idioma, clima, tradiciones y visión de mundo entre Yénseka y Anacáhy no podían ser más opuestos. Si en Anacáhy a nadie le importaba andar con las manos desnudas, en Yénseka era una grosería de lo más baja. ¡Casi como andar con el trasero expuesto! Y si en Yénseka las mujeres eran pares de los varones, hacían

las mismas labores, opinaban y peleaban con la misma fiereza que ellos; en Anacáhy, no. Allí, su rol era estar en casa, muy calladas. ¡Ojalá mudas! No podían trabajar ni mucho menos ir a la guerra.

¡La guerra! ¡La pestilente guerra! Era una plaga que los estaba afectando a todos por igual desde antes de que Adalfred naciera, pero que ahora estaba ganando mayor fuerza y crudeza. Y aunque no le gustara mucho el asunto, su familia siempre estaba al medio de todo conflicto. De hecho, su mera existencia se debía a tratar de resolver el tema y era algo que le repugnaba aún más. No sabía si había sido concebido por amor o para tener la maldita Llave de Ozmar.

Sucedió que, por alguna razón, hace muchísimos años, su madre, la Princesa Frida y un número importante de Yensekianos abandonaron sus tierras cubiertas de nieve para viajar distancias infinitas hasta llegar a Anacáhy, donde el sol siempre brilla. Allí estaba Abdalá y el viaje fue, en parte, para llevarlo de regreso a su hogar. Se quedaron algunos meses. En ese mismo tiempo, comenzó una invasión por parte de Keüdde, una nación lejana con fama de caníbales y poseedores de artes sobrenaturales, misteriosas y muy temibles. Yénseka y Keüdde siempre fueron enemigos, pero cada quien estaba en sus tierras, odiándose a la distancia. Ahora que había muchos yensekianos en las tierras que intentaban conquistar, se había desatado la mayor carnicería humana registrada en los libros de historias. No sabían con precisión qué buscaba Keüdde en Anacáhy, pero esos caníbales ya habían arrasado con varias naciones vecinas antes de llegar allí.

Yénseka, al enterarse de que sus ciudadanos estaban siendo masacrados, entró en escena. Pero por encontrarse tan distante, tardó muchísimo en llegar para frenar el avance de aquella peste y poner a salvo a su gente. Durante ese intervalo, los yensekianos que estaban atrapados en suelo extranjero se convirtieron en el Pueblo Errante y tuvieron que huir, luchar y defenderse con uñas y dientes. No tenían tierra, refugio, nada. ¡Estaban perdidos!

Fue así cómo llegaron a un bosque que tenía leyendas e historias de gentes atrapadas en él. Se hablaba de Ozmar como un lugar mágico y de ensueño, oculto en medio del bosque. ¡Nadie lo había encontrado! Pero no era solo una leyenda. Ozmar existía, aunque no en este plano. Para llegar, se requería un portal. Y el portal lo abría nada más que una sola llave: La Llave.

Los lugareños evitaban esa zona. Tenía mala fama. Los yensekianos, sin más opción, se internaron en él. No solo encontraron árboles y vegetación exótica. También encontraron gentes incorpóreas: los Asallf, e hicieron un pacto con ellos. Así, se les brindó la entrada a Ozmar para estar a salvo de la cacería a cambio de despertar al Pueblo Dormido, los otros Asallf que estaban atrapados y congelados ahí dentro. Y el pacto fue sellado en Adalfred, quien no solo tenía la capacidad de abrir y cerrar el portal a Ozmar, cuando le diera la gana, sino de cualquier mundo y lugar que se le antojara. La Llave era poderosa pero antojadiza. ¡Estaba viva!

Y ser La Llave no era la única carga que Adalfred llevaba encima. También decían que era el Edum. Ni un Asallf poderoso, ni un hechicero de gran rango, ni nadie de este mundo ni del otro, era capaz de romper aquel ma-